



EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA CUEVA.

Entre los mil panoramas sorprendentes que en el hermoso país de Asturias se ofrecen por todas partes á la admiración del viajero, es digno de especial mención, y de ser recordado en las columnas del *Semanario*, el Santuario de la Virgen de la Cueva, rival, no en memorias históricas, sino en pública rusticidad, del celebrado de Covadonga, y cuya vista presentamos hoy á nuestros lectores. Es tan original y variado, y al mismo tiempo tan bello y romanesco el paisaje en que está enclavado, que más bien que realidad parece el capricho de un pintor para ocupar la primera página del álbum de su álbum. Nada hay en efecto que más cautivó la atención que este cuadro singular que quisiéramos acertar á describir. Por donde quiera se encuentra la vista con montes elevadísimos que están en las nubes su escarpada cumbre de continuo envuelta en nieve, y por entre los que serpentea un estrecho, pero feracísimo valle, salpicado aquí y allá de aldeas, torres feudales, peñascos y espesos bosques. Torrentes embravecidos brotan de entre las rocas, y aumentados por las lluvias y las nieves, corren después majestuosamente convertidos ya en ríos y fertilizando el valle. Uno de ellos lleva un nombre histórico, y protegió con su rico caudal de agua la vida del gran Pelayo, cuando solo y acosado por numerosos enemigos corría á Covadonga en busca de una corona de laurel, que legó como diadema á los reyes de España. Habíamos del antiguo *Piñón*, hoy *Piñón*, que corre á pocos pasos de la Cueva, y que dió nombre al territorio que atraviesa (4). Un puente rústico formado por maderos cruza el río Ráncera, llamada también de la Cueva, y franquea el paso al agreste Santuario de la Virgen. Ocupa éste el interior de una inmensa gruta de boca triangular, y formada por un peñasco enormouso que, además de servir á la ermita de dosel, sustenta risueñas praderías donde crecen corpulentos árboles y retoñan numerosos rebaños pastoreados por niños que juegan y se suspenden sonriendo sobre un precipicio de cien pies.

El interés que inspira la santificada Cueva que hoy nos ocupa, servía ligero si á ella no estuviese apegada alguna de las leyendas piado-

sas ó recuerdos caballescicos tan comunes en Asturias. Hé aquí el romántico origen que atribuye la tradición al devoto monumento. En una época lejana, y no consignada en las crónicas, un noble paladín de origen portugués que se hiciera célebre por su esfuerzo en las batallas contra los moros, al regresar á su castillo de una expedición guerrera encontró muerta á la joven que amaba, y á la que iba en breve á llamar esposa. Tan inesperado desastre hizo casi perder la razón al enamorado caballero, que supliéndolo castigo del cielo por sus numerosos pecados, huyó lejos de su morada y de su país con objeto de esconderse á la vista de los hombres en algún lugar oculto é inaccesible, y consagrarse allí á una vida de dolor y penitencia. Enteróse, pues, en esta Cueva, cubierta á la sazón de jarales y maleza, y vivió en ella largo tiempo alimentándose de yerbas y orando continuamente. El cielo se apiadó del devoto paladín, y premió su arrepentimiento con un precioso presente, que consistía en una imagen de la Virgen que en el sitio más retirado de la gruta se le apareció milagrosamente. No contó á nadie ni el secreto de su existencia ni la del sagrado tesoro que encontrara; pero la Madre de Cristo lo reveló en sueños al piadoso castellano de la cercana Torre de Lodeña, señor feudal de aquel territorio. Acudió éste en el instante á la Santa Cueva para justificarse por sí mismo de la maravilla, y con sorpresa inesplicable reconoció en el solitario un antiguo hermano de armas. Prometiéndole no dar á conocer su nombre, é hizo allí construir una capilla que confió al cuidado del antiguo caballero portugués, que en tréce de retiro consentió ya dejarse ver á los hombres.

Los señores de la torre de Lodeña ó Ludueña conservaron por muchos siglos el patronato de la ermita de la Virgen de la Cueva, como consta de la escritura de fundación de la capilla del Cármen, sita en el mismo santuario, otorgada á 26 de noviembre de 1706, en la que se lee que «D. Diego Alonso de Ribero y Posada, del orden de Santiago, caballero de Carlos II, señor de la Torre de Lodeña, etc., funda en el Santuario de Ntra. Sra. de la Cueva, del que es patrono por ser fundación de sus pasados, una capilla á la virgen del Cármen, etc.» Al presente recae este patronato en el marqués de Vista-Alegre, y la ermita corresponde á la parroquia de Santa Eulalia de Inés.

La cueva tiene de boca 106 pasos, como unos 50 pies de altura y 96 de fondo. El techo es de peña áspera y desigual, y su forma es asemeja á una gran concha. La capilla de Nuestra Señora, que dá nombre al Santuario, es la más antigua, pero también la más pequeña y humilde, y la imagen que se dice allí aparecida, es de talla toscamente esculpida, y demuestra remota antigüedad. Está formada de madera, y tendrá media vara de alto. El pobre altar en que está colocada parece ser obra del siglo XVII, y en el frontal se ven plu-

(4) El Báltico ó río de la Cueva, que nace en la collada de Arrielo, después de recoger en su curso las cascadas de Cobaron, Pualarna, Miera y Pandón, se reúne muy cerca del Santuario que nos ocupa al *Piñón*, que dá nombre al arroyo y la atraviesa en su mayor parte. A la collada del *Piñón*, en el lugar llamado *La Corredera*, hay un vado que, así como las tierras inmediatas se denominan *Piellos*. Este nombre, según la tradición del país, proviene de que cuando D. Pelayo huyó de Gijón á Covadonga acompañado de un solo escudero, se vio perseguido de multitud de moros, y para libertarse de ellos hizo caer al vado y prió á su escudero para anunciarle: *que halla*, pues el río iba tan crecido que no se a cruzó a seguirlo. Marcano, en el lib. VII, cap. I, refiere esta tradición, y á ella alude el casado de armas del escudo de Piñón, que es en campo azul dos guerreros á caballo estrechando un río, y estando de la boca de uno de ellos las palabras *que halla* en jefe la cruz de la victoria; insignia de Don Pelayo.

adas las armas de la casa de Lodeña. Contigua á la capilla de la Virgen de la Cueva de que acabamos de hablar, y mas cerca de la entrada se vé la de San José, de fábrica mas moderna y grandiosa, y al frente de ésta, otra muy semejante dedicada á la Virgen del Carmén, y construida, como ya digimos, en 1700. Las tres capillas están cerradas con gruesas verjas de madera que dejan ver el interior, y que solo se abren en el acto de celebrar la misa; y la del Carmén está apoyada á la casa de su capellan, que es bastante capaz, y llamada de un terrado que rodea un balcón de madera. A la vivienda del capellan sigue hácia el fondo la del ermitaño, hoy deshabitada y casi derruida, y desde ésta á la capilla de la Virgen de la Cueva parte una línea de confesionarios de madera apoyados en la peña. Finalmente, un pretil que recorre toda la boca de la Cueva cierra el Santuario, y deja en su centro una abertura que forma la entrada. Queda, pues, trazado por las capillas, pretil, casa del ermitaño y confesionarios, un rectángulo de 52 pasos de longitud y 26 de latitud, en cuya superficie se elevan algunos árboles que vegetan protegidos por la bóveda natural. Esta rareza adorna y presta mas variedad á este lugar poético. El todo del Santuario respira pobreza y abandono, y es de lamentar nada haya hecho allí notable la mano del hombre, donde la naturaleza acumuló tantas bellezas.

El 8 de setiembre presenta el Santuario de la Virgen de la Cueva un vistoso y animadísimo espectáculo, pues á causa de la solemne fiesta religiosa que allí se celebra, concurre multitud de gentes de todas clases y condiciones. El eco de los cánticos sagrados repetido mil veces por la inmensa peña, y aquella misa ofrecida por un pueblo sencillo y de costumbres inocentes en el hueco de una gruta, hacen recordar al observador los tiempos de los primeros cristianos, que tenían por altares los sepulcros, y por templos las mas retiradas cavernas.

La romería ó reunion que se verifica en el gran bosque que se estiende á orillas del rio á pocos pasos de la Cueva, es de las mas famosas del pais, y solo rinde parás á la de Covadonga. Los romeros ó peregrinos que van á aquel famoso santuario visitan á su regreso el de Ntra. Sra. de la Cueva, que tal vez hubiera ya desaparecido sin las dádivas de aquellos, que son el único recurso con que se sostiene este antiguo y religioso monumento.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

Santuario de la Virgen de la Cueva, 4 de nov. de 1848.

D. ALBERTO LISTA.

Muy pobre servicio prestaríamos á las letras y á nuestros lectores, si el objeto del presente artículo fuese solo hacer un análisis mas ó menos detenido de las obras del condecorado poeta y eminente matemático, honra y prez de la escuela sevillana; pues sobre ser esta una tarea que exigiria no vulgares conocimientos, y que tal vez no se acomodaria bien sino en una historia de nuestra literatura, escritores distinguidos de quienes tenemos mucho que aprender, han acometido ya este trabajo, y han escrito del sábio don Alberto Lista páginas que deben leerse con detenimiento. Las que ahora ofrecemos al público, incorrectas y desautorizadas, como que salen de nuestra pluma, no tendrán otra pretension que la de consignar un débil recuerdo á Lista, ni otro interés que dar á luz una magnífica égloga suya, hasta ahora inédita, y que debemos á la exquisita amabilidad de un amigo nuestro. Desde el momento en que hicimos tan preciosa adquisición, comprendimos que estábamos en el deber de hacerla del dominio público. Jamás hemos sentido el placer egoísta que constituye en algunos amantes de la literatura la posesión esclusiva y misteriosa de originales, respecto de los que la sociedad entera tiene un derecho, ni creemos que la pérdida casual de un manuscrito u otras circunstancias lamentables, deben proporcionar á un autor la eterna proscripción de una de sus concepciones. Al silencio ha reemplazado la publicidad: la imprenta, al sueño tranquilo de los envejecidos estantes.

Las diversas fases que tuvo don Alberto Lista en su larga y laboriosa existencia, no pudieron menos que influir en la suerte de sus composiciones literarias, dejando unas sin el honor de la estampa, y otras reducidas á completa desaparición. Hasta se habla en Sevilla con bastante seguridad de una colección numerosa de poesías que le fueron distraídas de un armario á las pocas horas de su fallecimiento, y que en vano los muchos amigos y apasionados del sábio nuestro han pretendido buscar. No diremos una sola palabra mas sobre un punto delicado de suyo; pero si recomendamos á este verdadero *playador*, si existe y puede oírnos, la consideración de la grave responsabilidad que sobre él está pesando. Si el interés pecuniario le ha inducido

al robo, no es tan sensible y las letras recuperarán algún día lo que les pertenece: si ha sido la ambición de hacer pasar como suyas las concepciones de Lista, ¿quién no conocerá la verdad? Pero si han caído en manos de algun *curioso*, como suele llamarse á los que estas joyas esconden, las poesías póstmum de Lista tardarán en salir á luz mas de lo conveniente.

Cuando adquiramos otras noticias de esto que envuelve hasta ahora un profundo misterio, seremos mas explicitos, en obsequio de lo que la verdad reclama, y á la literatura que forma nuestro encanto.

En todas las obras de don Alberto Lista resalta la moralidad, principio fundamental de toda belleza, como el mismo autor se complacia en repetir en el curso de literatura dramática que explicó en el Ateneo. Los sentimientos de su noble corazón y el pensamiento religioso que llenaba su alma, se reflejan con toda su pureza como en un espejo, hasta en la mas insignificante de sus poesías. Y este amor profundo á la virtud, y esta fé religiosa que sustentaba su espíritu, fueron los móviles que lo impulsaron á oponerse como un valladar insuperable al torrente impetuoso de la escuela romántica, que iba destruyendo á su paso las antiguas creencias sociales, religiosas y políticas. Sin la voz elocuente y el claro entendimiento de aquel sábio respectable, que dirigía á la juventud por el verdadero camino del buen gusto y de la civilización, es probable que la mayor parte de los esclarecidos talentos que hoy honran nuestra España, se hubiesen dejado arrastrar por la pendiente resbaladiza, aunque seductora, que presentaba á sus ojos la nueva diosa que á la sazón dominaba en la literatura de Alemania, Francia é Inglaterra.

Aunque nuestra patria no hubiera que estar reconocida á Lista por la multitud de obras científicas y literarias con que tanto ha contribuido al adelanto de las letras, siempre tendria que venerar su nombre, y consagrarle un lugar distinguido entre nuestros primeros sabios, por la sola consideración de haber rechazado con todas sus fuerzas la invasión de la nueva escuela romántica, y haber evitado por cuantos medios han estado á su alcance la corrupción de la literatura del siglo diez y nueve.

A continuación insertamos la égloga de que hemos hecho mención, de cuyo mérito podrán juzgar nuestros lectores.

ÉGLOGA.

ARISTO.

Poeta, Elisio

Poeta.

Del Baeza en la margen estrangera
Su pobre manadilla
Apacentaba Elisio el desterrado:
Pastor que en la olivera ribera
Do el sol de oraso sobre el Bétis brilla,
Vivió otro tiempo en venturoso estado,
Mas enemigo el hado
Le arrojó de aquel suelo floreciente
Al alma de los ciezos bramadores,
Y en solo un dia le robó inclemente
Su choza, su rebaño y sus amores.

Solo su triste corazón consuela
Liberio caro amigo;
Hijo de aquel, cuyo subido canto
Por las llanuras de Oecitania vuela:
Que lamentó de Eusa y su enemigo
La amarga historia y de Cartago el llanto;
El hijo, aunque no á tanto
Su verso eleva, en la templada arena
Canta el amor, las selvas y las flores;
Y la pura virtud que lo enagena
Cándido enseña á cándidos pastores.

Mas entre tanta pena dolorosa
La que de Elisio el pecho
Con mas duros recuerdos atormenta,
Es de Aristo la muerte lastimosa;
Aristo, so el pajizo humilde techo
Del Bétis dulce amigo. La tormenta,
Con que el prado quemó drenta
El aguilón, lanzándose á deshora
De las heladas cumbres de Calipso,
No es tan triste á las hijas de la aurora
Como á Elisio la muerte de su Aristo.

Ya la agradable pompa del otoño
Deslustraba el noviembre, y las airadas
Ondas temen los fuertes gubernalles;
Marchito en el frutal muere el otoño;
Y las hojas del árbol desgajadas
Forman en el vergel pálidas calles;
Por cenagosos valles
Derramaba el Garona sus riberas,
Cuando al son de la rápida corriente
La canción funeral y lastimera
Así Elisio empezó con voz doliente:

ELISIO.

Recibe, Aristo, un túmulo extranjero,
Solo del triste Elisio frecuentado:
Aquí el clamor de mi sollozo fiero
Oírás solo la sombra de mi amado.
Y pues del Bétis el hermoso otero
Para honrar tus cenizas me es negado,
Atiende compasiva al llanto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano río!

No de mustio arrayan, ni blandas flores
La tierra con mis lágrimas bañada
Regarán suspirando los pastores
Cuando al aprisco vuelvan su manada;
Al túmulo vacío, mis amores,
Un pobre césped cerrará la entrada;
Testigo del eterno llanto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano río!

¡Por qué la muerte en el fatal momento
Del lecho funeral me ha dividido?
Elisio hubiera tu postrer aliento
En tus amigos labios recogido.
Hubiera con su abrazo el movimiento
Por tus helados miembros esparcido;
Y el poder de la muerte suspendiera:
A tanto alcanza la piedad sincera.

Y si era el hado que en tu edad florida
Al amor y amistad fueses robado,
Por mis manos la tierra conmovida
Hubiera el blando túmulo formado;
Y luego aquella rama entristecida
Lo enrollara del joven malgrado:
Cuando aquí en ocio ingrato el dolor mio
La ninfa ve del Occitano río.

Vinieran los pastores, y entre ellos
Fíleno, honor del Bétis; y lloroso
Aquel divino que en los campos bellos
Cantó el amor sencillo y generoso.
Destrenzados los nítidos cabellos
De las lindas zagalas coro hermoso,
A su amador perdido lamentáran,
Y con fúnebres himnos te invocáran.

Y desparcido en la pintada vega
El cándido rebaño, sus amores
Olvidará el pastor que al alba llega
Por escuchar mi queja y sus llores:
En enanto el Bétis cristalino riega
Templando al can estivo los ardores,
Se estendiera la voz del canto mio,
Que apenas oye el Occitano río.

Y del líquido seno levantando
Ninfas tartesias, vuestra ovosa frente,
El nombre de mi Aristo celebrando,
Al piélagos volara de Occidente:
Y moviera á piedad mi lloro blando
Al rey feroz del húmido tridente.
Lleva á los mares, lleva el canto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano río!

Y tú, Cratilo, ejemplo de amadores,
Gloria de la amistad, que perseguido
Del áspero infortunio á sus rigores
El fuerte pecho opones no vencido;
Tú al esparcir las mercedas flores
Desatarás el llanto reprimido;

Qual si el voraz incendio se avecina
Por sus estremós la troncada encina.

¿Y qué llanto igualará el sentimiento
O de tu Iberia ó de la Emilia mia?
Aquella triste en amoroso acento,
Esta con blanda voz de amistad pia,
Enfrenarán el vuelo al raudo viento;
Pararán la corriente al agua fria;
Y de sus tiernas ansias conmovidos
Dieran los montes lúgubres gemidos.

¡Caras prendas! ¡Ay triste! ¡Quién pudiera
Unir al vuestro su afligido canto!
El grato amor y la amistad sincera
Templarán dulces mi mortal quebranto.
Al amor sepultó la ausencia fiera:
No escucha la amistad mi tierno llanto;
Y solo eres testigo al dolor mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano río!

¡Ay! ¿Dónde huyeron las alegres horas
Que á tu lado gozaba en la pradera,
Cuando al nacer las cándidas auroras
Tu cítara templabas lisenjera?
El dulcísimo acento las pastoras
Esechaban con risa placentera,
Y el nombre de la ninfa que adorabas
En el tronco del álamo grababas.

Y yo á la sombra del frutal tendido
Tu lira oyendo entre las frescas flores,
De la vecina fuente al blando ruido,
El placer meditaba y los amores:
Mi apacible solaz no interrumpido
Envidiaron zagalas y pastores:
Trocarse á tanto bien, destino impio,
La odiosa margen de extranjero río.

¡Momento duro aquel ¡oh dulce amigo!
Que me arrancó de tí! ¿Quién me dijera,
Cuando fue á nuestras lágrimas testigo
La triste noche de mi ausencia fiera,
Que el Cielo, á tantas dichas enemigo,
En muerte y en dolor las convirtiera;
Y aquel abrazo, el último seria,
Que al cuello de mi Aristo estrecharía?

A horfandad rigurosa condenado,
Sin placer, sin amores, sin cantares;
Llevando á la ventura mi ganado,
Repetiré á las selvas mis pesares.
Empero el nombre de mi Aristo amado
Resonarán los campos que bañares;
Pues oyes compasiva el llanto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano río!

Ya, ¿qué me resta? Adios choza inundada
De mi llanto. Liberio generoso,
Adios: adios redil; adios manada.
La aborrecida luz dejo gozoso.
Solo en el seno de la tumba helada,
Junto á mi Aristo encontraré reposo;
Mas no olvides jamás el canto mio,
¡Oh ninfa, tú, del Occitano río!

POETA.

Aquí calló el pastor; que desmayado,
Sobre la arena fria
Sus doloridos miembros palpitaban:
Los ojos derramados
La postrer luz del día,
De palidez cubiertos contemplaban:
Despedidos rodaban
El cayado y la arena
De la ya incierta mano; y al tormento
De su perdido bien y mal presente
Terminara en morir su cruda pena,
Si el áspero lamento
No oyera diligente
El mayoral Liberio, y en sus brazos
Al lecho pastoral lo condujera.

Entre tanto, de Tetis los abrazos
 Buscaba el rojo Apolo: blando el sueño
 Por la tendida esfera
 Los hombres y animales recreaba;

Y bajo el manto de la noche umbría,
 De su tormento Elisis descansaba;
 Y aun descansando el infeliz gemía.

ALBERTO LISTA.



La Primavera.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

La herida no fué ni profunda ni peligrosa; la cura se hizo con habilidad, y, en consecuencia, á los dos meses estaba perfectamente sano el doctor, y lo que es mas, muy adelantado en sus pretensiones; porque San Justo, que era algo pariente y habia sido page del conde de Aranda, las tomó por su cuenta.

La entereza, probidad, ilustración y grave porte del pretendiente agradaron al primer ministro; la dama de que al principio habló, estaba por casar; vacó una alcaldía del crimen en Sevilla, la cámara no halló motivo racional para oponerse á los deseos del privado; y en fin, Don Fadrique obtuvo la toga.

Su muger no era ni hermosa, ni amable; pero el agraciado la aceptó como cargo de su empleo, y se condujo con ella cual debía

un caballero. Amor ni ella lo esperaba, ni él sabia entonces que cosa fuese: todo en aquel matrimonio era artificial; hasta las caricias estaban reglamentadas; no habia para Don Fadrique y su muger goces sino derechos y obligaciones; en una palabra, la coyunda de himeneo para aquellos esposos, podia no ser cadena de hierro, pero tampoco lazo de rosas. Por parte de la esposa, muger compasada y geométrica, si jamás las hubo, tal estado de cosas no ofrecia graves riesgos, y tal vez podia prolongarse hasta el término natural de su vida; por lo que respecta al nuevo magistrado, los hechos nos dirán hasta qué punto se conformó con su suerte.

Los dos primeros años de su residencia en Sevilla pasaron monótonos y sin tempestades. La sala y su cuartel le ocupaban una parte del dia, la comida y la siesta le llevaban hasta al anochecer; un largo y solitario paseo á orillas del Guadalquivir le abria el apetito para tomar chocolate; despues de este rezaba el rosario en familia, y retirado en seguida á su gabinete, estudiaba hasta la media noche. Creerán VV. que con semejante vida no habia riesgo que temer... ¿Dónde no lo hay para el hombre arrojado fuera del camino á que la naturaleza le llamaba? La posicion que habia ambicionado era para Don Fadrique un continuado suplicio, la necesidad de disfrutar siempre y siempre sus sentimientos, un tormento insoportable; la actividad inmensa de su alma, no hallando alimento, le devoraba; y ha-

to el ascetismo de su conducta, servía de pábulo al inmenso fuego que ardía en su corazón. Su refugio fué la lectura, y su lectura, los libros prohibidos; los de la escuela filosófica de Francia en el pasado siglo, libros que á un hombre en lucha perpétua consigo mismo, á un hombre que no había sido niño, ni joven, que jamás hizo su gusto, ni tuvo devaneos, ni en la experiencia de sus propios deseos aprendió lo que vale la virtud, no podían menos de seducirle y romperle. Entonces se abrió en el secreto de aquel alma esclava una reacción violenta, una de esas trastornos horribos que cuando afectan el cuerpo, como visibles que son, nos horripilan, pero que cuando solo gangrean el espíritu, pasan las mas veces desapercibidos, y casi siempre mal explicados.

Aquel hombre sin vicios, educado en las mas severas máximas del cristianismo, sumiso sin límites á la voz de su padre, esposo fiel de una mujer á quien no amaba, magistrado de una monarquía, vasallo obediente de un rey absoluto; sin que en su manera de vivir hubiera la mas leve alteración, sin que trastornos de fortuna vinieran á perturbar el equilibrio de su existencia, fué perdiendo una á una sus preocupaciones primero, luego sus virtudes, y por último sus creencias. Si prófobo en las cosas de la vida y en la marcha de las pasiones, pudiera apreciar en su justo valor las teorías disolventes de los libros que en mal hora cayeron en sus manos, con el claro entendimiento que al velo debía, fácil le fuera, no solo evitar el contagio de tan malas doctrinas, sino hasta sanar de ellas algo bueno; pero su inesperienza le fué fatal á todas luces.

Es verdad que en la época á que me refiero, se preparaba en Europa la revolución que estalló en Francia el año de 89; es verdad que Federico II, arrastrado por una fatalidad inconcebible, arrojaba tambien su cetro en la balanza filosófica para precipitar la ruina de las antiguas monarquías; y es verdad, en fin, que el mismo Carlos III, sin darse cuenta de ello, espacia en España una semilla de que ya hemos visto rebotoles, y acaso veamos pronto robustísimos tallos: (1) pero don Fadrique se adelantó á su siglo, y á la desmoralización unió la hipocresía.

Referir los secretos desórdenes de una vida, en la apariencia santa; explicar la llama doméstica disfrazada con el pérfido velo de la dominación patriarcal; enterar á VV. en fin, del asqueroso porvenir de la existencia de un hipócrita corrompido, ni es mi ánimo, ni lo consiente la ocasión. Así, pues, hasta lo ya dicho para muestra del gran riesgo en que los padres ponen á sus hijos, ya confirmando sus inclinaciones racionales, ya creyendo que basta hacerlos sabios sin curarse de inculcarles sólidamente, con el ejemplo y los preceptos, las sanas máximas de la moral; hasta tambien como indicación de que la juventud requiere cierto prudente ensanche, y de que es, por consiguiente, tan poco cuerdo reducirlo á un régimen severo en demasia, como dejarlo sin rienda; y hablemos del mayor crimen de don Fadrique, que es al mismo tiempo la historia que con la de Alfonso se entrelaza.

Tuvo el alcalde dos hijas de su mujer, nacidas ambas antes del reinado de Carlos IV; la mayor, llamada Luisa y hermosa por estremo, casó, muerto su padre, con el Conde de San Justo, que ya VV. conocen parte de su historia y tragicomedia; de la segunda, que se llama Inés, hablaremos á su tiempo; pero antes conviene sepamos que tuvieron otra hermana bastarda, cuyo nombre es Matilde.

Don Diego. ¿Matilde!

Don Antonio. Si amigo mio.

El Redactor. ¿La mujer del capitán Mendoza!

Don Antonio. La misma; pero hasta mañana habrán VV. de tener paciencia para saber lo que de ello puedo decirles, pues por hoy llegó la hora de separarnos.

El despenalero.

Alfonso, nos dijo don Antonio la tarde siguiente, me ha escrito esta mañana avisándome de que, siéndome forzoso pasar en comision del servicio á la tiranja, donde actualmente se halla la corte, habremos de esperar por unos días la continuación de su pendiente historia; por consiguiente, amigos míos, habrán VV. de tenerse á mi, á menos que haya quien tenga cosa importante que referirnos.

—Como V. acabe la relacion que ha empezado, replicó don Diego algo mollon, nos daremos por satisfechos, pues en verdad, los misterios, enigmas y dilaciones del oficialito van caudando.*

Don Antonio. Ya, señor don Diego, diré á V. lo que sé de las aventuras de don Fadrique y sus hijas; V. verá si le basta, y si así no fuere, procurará informarse en mejores fuentes. Pero vamos á lo que importa.

Nunca estuvo nuestro Alcalde enamorado, y mucho menos de su

mujer; pero mientras enfrenaron sus pasiones el temor de ¿qué dirán? y la barrera moral de sus creencias, cumplió con ella las obligaciones de marido, mostrándose con él ya que no goloso. Llegó la época en que, sacudiendo su entendimiento todos los lazos que hasta allí le habían encadenado, se puso en secreta, pero enconada guerra, con la religion y las leyes, y el yugo doméstico fué entonces, naturalmente, el que le pareció mas pesado. Si por dicha no fuera la antigua camarista una de esas mujeres en quienes la semilla de la cristiana educacion echa profundas raíces; si no tuviese hondamente grabadas en el corazón las máximas de obediencia y respeto á su esposo; si, en resumen y para explicar su carácter con una sola frase, fué morada á don Fadrique como á su señor natural, es de creer que pronto se arrojara el fantasmagórico edificio de la católica reputación del Alcalde. Pero la esposa que, en el silencio de su estrado, reconvenía severa, ágría, silenciosamente, al hombre que ningún género de consideracion guardaba con ella en la vida interior, en presencia de los demás se trataba con el mayor respeto y deferencia, y cuando ausente, hablaba de él con elogio. Lo que aquí digo á VV. no es, desdichadamente, nuevo ni extraordinario; hay muchos matrimonios donde en mayor ó menor escala sucede otro tanto, y si no todos conciben, tan por completo como el que nos ocupa, sus intencionalidades, debemos atribuirlo, tanto á que rara vez se reúnen dos personas tan temerosas ambas de dar que decir á la gente como don Fadrique y su mujer lo eran, cuanto á que las modernas costumbres han aflojado los vínculos de familia y hecho menos temible el escándalo.

Estudiante, empero, reservada á la camarista una de las pruebas amargas á que la suerte puede someter la paciencia de una esposa. Don Fadrique puso los lascivos ojos en una de sus propias criadas, y con tan poco respeto á la moral como á su mujer, llevó las cosas á tal punto que las consecuencias del ilícito trato fueron pronto harto visibles. Pareció natural que el infel esposo tratara de apartar á su cómplice de la vista de su mujer; mas no fué así; y aunque, cuando no hubo otro recurso, salió de casa la frágil doméstica, fué para volver tan luego como hubo dado á luz el fruto de sus criminales amores. Así, profanado el hogar doméstico, la mujer y la moceba habitaron bajo el mismo techo; así, la infeliz camarista apuró hasta las heces el caliz de la amargura, sin que sus lamentos llegaran hasta el público, sin que la opinion del alcalde perdiese un átomo siquiera. Don Fadrique se cansó pronto de la que solo había sido objeto de un capricho, y olvidando entonces su habitual prudencia partió por medio y trató de despedirla de su casa; amenazó la que tan mal tratada se veía con publicar la aventura, y entonces la alcaldesa, siempre por evitar escándalos, sirvió de intermediara y obtuvo que su esposo revocara su primera resolución á costa de un nuevo sacrificio, el de recibir en su casa á la bastarda hija de Vargas, á Matilde, que ella es, señores, el fruto de aquella fragilidad.

Pero si el espíritu de la mujer de don Fadrique se prestaba á los esfuerzos necesarios para tan sublime abnegación de sí mismo, la carne lea no pudo resistirlo; y dos años después de haber recibido en su casa á Matilde, bajó su cuerpo á la tumba y fué su alma, pensando piadosamente, á recibir en mejor vida la recompensa de sus virtudes.

Quedaron entonces las tres niñas, de quienes su padre se curaba muy poco, bajo la tutela de la madre de la ilegítima, y fueron las que no lo eran, tratados con dureza suma é injusticia cruelísima. Descuidada su educacion moral, como no podia menos de estarlo en tales manos, imbuidas en perniciosas máximas, con lamentables ejemplos á la vista, y pospuestas en todo y por todo á la que en realidad era intrusa en su familia; Laura tuvo el fin que á VV. conocen; Inés, merced á un natural privilegiado, logró salvarse del contagio, y Matilde, heredando los vicios de entrambos sus progenitores, fué criada como su madre, y profundamente hipócrita cual su padre. Mas no nos anticipemos á los sucesos. Con la muerte de su mujer perdió don Fadrique la mas firme columna de su usurpada reputacion, y las imprudencias de la que en el gobierno de la casa reemplazaba á la pobre mártir difunta, la discordia entre las tres niñas, y mil circunstancias, que fueran prolijas de explicar y se comoranden facilmente, pusieron al público en el secreto de la verdadera conducta de nuestro alcalde. Al público, inflexible con los hipócritas, y que en ellos se venga del respeto á que la verdadera virtud le obliga! Terrible fué la tempestad, implacable el encono contra don Fadrique, y llegando las quejas hasta la corte, á pretexto de ascandalo, desterráronle á Filipinas con nombramiento de oidor. Comprendió Vargas la intencion del ministro, pero tuvo que obedecer, y haciéndolo con la firme resolucion de no volver mas á Europa, redujo á metálico toda su hacienda, depositó en poder de un comerciante de Cádiz la suma que creyó suficiente para la manutencion de las tres niñas durante dos años, y con el resto se dió á la vela para su destino.

Dejemos por un momento navegar al padre y desarrollese á los

lajas, y hagamos conocimiento mas íntimo con una de nuestros personajes que hasta ahora solo de paso hemos mencionado. Quiero decir, amigos míos, que voy á procurar describirlos á VV. á la mujer que fué causa de la muerte de la esposa de don Fadrique. Ella misma ignoraba su patria, el día de su nacimiento, sus padres, y hasta si tenía en realidad derecho al cristiano nombre de *Milagros* que usaba. Heta áido decir...

Don Diego. ¿Conque V. la ha conocido?

Don Antonio. Y mucho! á su tiempo verá V. cómo y cuándo. Héla áido decir, repito, que no comenzaba á tener memoria de sí misma sino desde la edad de cinco ó seis años, recordando que en aquella época moraba con unos gitanos ambulantes, de aquellos que de feria en feria, de yermo en despoblado, y de robo en mosto, mas bien atravesaban la vida que en realidad la viven.

Don Diego. Pues diga V. de una vez que era gitano, y acabemos.

Don Antonio. Díjérole si así fuese ó yo lo creyera: pero el hecho es que, en cuanto por las apariencias, esto es, por los caracteres físicos, puede juzgarse, *Milagros* estaba muy lejos de pertenecer á la prosaíta vagabunda raza. En efecto, desde luego el color, ó, como dijera un pintor, la *encarnacion* del rostro, la nobleza de la fisonomía, regularmente bella en el conjunto, suave y delicada en los pormenores; la *heresa* del mirar orgulloso, y la flexibilidad del cabello, negro sí, pero rizo, abundante, aristocrático (páseme VV. el epílogo), daban inequívocas enseñanzas de que los autores de sus días, ó el ménos uno cualquiera de ellos, pertenecía á una clase de la sociedad mas afortunada á plumas y holandas, que á inmundos establos, ó incultas sierras, ó áido albergue de los desdichados gitanos.

Don Diego. Alto ahí, amigo mío, aunque me acuse V. de interrumpirle á cada paso.

Don Antonio. Por interrumpido y conforme: pero ¿qué duda le asalta á V. para qué así lo interpele?

Don Diego. Una y muy grave: de las últimas palabras que V. nos ha dicho en su relacion, pudiera inferirse cierta incertidumbre muy conforme con el espíritu del siglo, y, á mi entender, ajena de una persona tan ilustrada como es V. ¿Como! ¿Es posible que el señor don Antonio crea que la cara más ó menos aristocrática influya bastante en las formas corporales del hombre? ¿Pues qué, la mano del supremo Artífice no es igualmente poderosa con el pinto que con el río? ¿Los tesoros de belleza que el Creador encierra en su seno, no los reparte entre sus criaturas, sin atender á quiméricas distinciones? ¿Ingeniería es que V. dude de verdades tan claras, tan demostradas por la experiencia, que á cada paso nos ofrece deplorables ejemplos de viciosos procedentes de muy ilustre tronco, y que, según el sistema de V., debieron pertenecer á las clases mas abyectas.

Don Antonio. Nada de lo que V. dice ignoro, en efecto; pero nada de eso contradice tampoco mi opinion. Yo no he hablado de aristocracia moral, no: aunque si quisiera llevar adelante una que parece paradoja, sin sentido tal vez, no me faltarian razones para probar que la posición social, por ejemplo, influye tan poderosamente en los hombres, que acaba hasta por modificar profundamente sus primitivas formas. Pero, dejando esto aparte, lo que yo queria decir es que, no precisamente la belleza ó la fealdad, sino el género de belleza ó de fealdad de una criatura humana, pueden hacernos juzgar, hasta cierto punto, de la condición física, y social tambien, de los que la engendrarón.

El hombre, en cuanto animal, está sujeto á las mismas leyes naturales que rigen á los demás seres orgánicos dotados de la existencia activa: el clima, los alimentos, el método de vida y otras mil circunstancias, ya le robustecen, ya le debilitan, ora embellecen su persona, ora le privan del más ó ménos agrado que primitivamente tuvo. Que los hijos han de ser, básicamente hablando, muestras equívocas del estado fisiológico de sus padres cuando les dieron la vida, no me parece dudoso, ni bastan á poner en cuestión excepciones, espizcables unas, si todo pudiera decirse, y efecto otras, ya de circunstancias estramburricas, ya de aberraciones de la naturaleza, si es que la naturaleza las tiene.

Siu sale de España, váyase V. á Castilla la Vieja y compare los rostros avellanados, amarillos, ensañidos, la estructura viciosa de los cuerpos, el mirar humilde, la flojedad de las maneras de sus habitantes, con los que la historia, las descripciones de los poetas y los tiznos de nuestros museos, nos dicen de aquellos inventivos tercetos de *infanteria castellaná* que sembraron el mundo antiguo con su valor, y conquistaron el moderno. ¿Quiere V. saber la causa de la enorme diferencia física que advertirá entre el castellano actual y el que tuvo poco mas de tres siglos? Pues pregúntesele á la historia de las generaciones que nos separan del reinado de don Fernando y doña Isabel, de gloriosa memoria, y ella le dirá que los cuerpos de los que conquistaron á Granada no pueden parecerse á los de los descendientes de ellos, y que:

El Rebelar. Y que en la real Academia de la historia estuviera muy en su lugar ese discurso; pero quisiera traer á que sepamos algo de esa señora *Milagros*, y de que el señor don Antonio prosiga su cuento.

Don Antonio. Sea, pues; que lo dicho basta para mi defensa.

Don Diego. Y para mi satisfacion.

Don Antonio. Digo entónces, anudando el cortado hilo de mi narración, que *Milagros* era, no como quiera hermosa, sino *estatera*, aristocráticamente bella, y que, á mi entender, si en vez de caer, Dios sabe por qué ni cuando, en poder de gitanos, fuerá criada con esmero y tuviese á la vista en su juventud virtuosos modelos, tal vez se hiciera notable entre las más notables mujeres de su época. La suerte lo quiso de otro modo, y las mismas prendas que en otra posición la ensalzaban, determinaron su ruina en la humillísima á que se vió condenada. Porque es cierto, amigos míos, hasta las virtudes son relativas y de posición; y con las mismas inclinaciones se pierde ó se engrandeca el hombre, segun que son ó no conformes á la situación que en la sociedad ocupa.

Hasta la edad de 16 años vagó *Milagros* con la agéncia trébu, haciendo la buena ventura, cantando playeras, aderezando bestias ó preparando empiricas medicinas con sus visos de mágicos filtros, segun la ocasión y la necesidad lo requirieran. Notable por su belleza y apostura, de ingenio agudo y varonil resoluzion, tuvo infinitos adoradores, y de aquellos cuyo lenguaje no suele ser el de los niños; así, moralmente hablando, dejó muy luego de ser casta en el alma; pero por un efecto mismo del exceso de libertad que gozaba, efecto que á primera vista parece extraño y es, sin embargo, rigurosamente lógico, ni en sus sentidos, ni en su corazón hacia molle los groseros requiebros y brutales tentativas á que se veía espuesta; y así como hay desdichados que, víctimas de la seducción ó de fatales circunstancias, pierden la castidad del cuerpo y conservan la del alma, *Milagros* por el contrario, era á los 16 años doncella en el hecho, con un espíritu profundamente pervertido.

La mujer mundana me parece el mas despreciable, pero al mismo tiempo el mas digno de compasion de los seres todos: la que se halla en el caso de *Milagros*, es lo mas parecido que en la humanidad naturaleza puede hallarse á Luzbel, á quien el señor hizo ángel, y él mismo la personificación del mal.

Tal era la jóven de que voy hablando, al tiempo en que su cuadrilla, por una especulacion de las suyas, en pollinos, reducida á la adquisicion de unos cuantos de esos utilísimos animales sin consentimiento de sus primitivos dueños, y á su venta despues de disfrazados á beneficio de artísticas expresiones, aumentos, pinturas y otras filiterias semejantes, llamó tentó la atencion de la justicia, que entre Sevilla y San Juan de Abbarache cayó toda entera una funesta noche en poder de los porchetes.

La suerte probable de aquella gente honrada no es difícil de prever: los hombres debian, desnuda la espalda, caballeros en desorejados asnos, «con chilladores delante y evaramiento detrás» recibir todo un colegio de cardenales en las calles de Sevilla, y pasar despues al África en servicio de S. M.; las mujeres mas *escotadas* que dama en serio, es decir, completamente desnuda el busto, barnizadas con mas miel que bonuelo en día de Todos Santos, y engalmadas de pluma corta, con mas el adorno de una gentil corona para las viejas (como si las arcaes no les bastaban) habian de pelear triunfantes la ciudad del Belis, y hecha provision de las herenegas, pepinas, tronchos y otros primares semejantes que los muchachos regalán con generosa mano en tales ocasiones, ir luego á pasar unos cuantos años en la galera. Tal halagueno era el porvenir que á *Milagros* le esperaba, cuando, flor lozana, comenzaba á desarrollarse su belleza. Esta hubiera podido, desde luego, valerle para suavizar sus hierros; pero un instinto, seguro en ella siempre, que el orgullo no lo sofocaba, la advertía de que el fin no era proporcionado al sacrificio; y desde el escribano hasta el llavero de todos quisieron protegerla, la hallaron inflexible. De tanta entereza resultó, no sola que redoblasen con ella su rigor los que en vano la sollicitaban, sino que las matronas de la cuadrilla, *Megueras* españolas, desahogaron en ella su comprimida raba, aconsejándola de hacer voluntariamente mas amarga la suerte de todos. Y como si no bastaran tantas penas, una noche que en la soledad de su hediondo calabozo floraba amargamente la desdicha de no haber conocido los maternales albagos, vinieron á latinarla que iba á comparecer ante el más indolable de los magistrados de Sevilla, el severo alcalde don Fadrique de Vargas, conocido y temblado entre los gitanos, mas que Pizarro en las Indias. Hombre que bajo su férula caía, una vez se libertaba del grillete, por mas que el escribano fuera amigo; mujer que por su desolada se tocaba en tierra, estaba segura de hilar un año por lo menos, para el hospital. Con tales antecedentes y el convencimiento de que no podía ménos de probarse la completitud en los tiznos de la cuadrilla, compareció *Milagros* en la sala de declara-

ciones de la cárcel ante don Fadrique de Vargas, que sentado en un sillón cuadrangular forrado de terciopelo carmesí, al bastero de la pieza y bajo la imagen de bulto del Salvador crucificado, vestido el sobrio traje de la magistratura española, calado el bonete, y apoyada la frente en la mano izquierda, tenía la derecha sobre el libro de los santos Evangelios. Su distracción ó recogimiento eran tales, que no reparó en la acusada, ni aun cuando el escribano, con el inimitable acento peculiar á su profesión, comenzó á leer la fórmula por donde empezaban todas las declaraciones, y que de antiguo tenia escrita en el pergamino del mundo, despues de la bula, es decir, en el del sello de otro. Quizás estaba resuelto á dejar del cargo de su subalterno el tomar la declaración; pero como el juramento ha de prestarse necesariamente en manos del juez, fué preciso encaramarse con la acusada, en la cual esperaba ver, ó una inhumana vieja, ó cuando mas una moza de color azeada, lábio esbello y desahogado porte. ¿Cuál no sería su sorpresa al contemplar una de las más acedadas y perfectas hermanas que jamás imaginarse pudieron, resplandeciente entonces con cierto brillo que el dolor presta siempre á los encantos del sexo débil? Milagros estaba en uno de aquellos lucidos intervalos del vicio, durante los cuales los penetrantes rayos de la luz del arrepentimiento traspasan los mas endurecidos corazones; las miserias del calabozo habian herido su mente; la proximidad del castigo daba lugar á la consideración; y á la indiferencia de los seres, por su mal nacidos en la cenagosa atmósfera de la crapula, habia por un instante sucedido la aprensión, ya que no el convencimiento de su verdadero estado. Y como, salvas contadas excepciones, la honrosia es el espejo del alma, veíase en la de Milagros retratadas las primeras huellas del temor y del remordimiento.

¡Ah, si entonces una mano caritativa y diestra viera en auxilio de la infeliz! Acaso jóven como lo era, una educación moral sabiamente entendida, un régimen severo, porque las grandes enfermedades del alma no se curan por paliativos, y una serie no interrumpida de buenos ejemplos, pudieran aun traer al redil la oveja descarriada, convirtiéndola al cómplice de los gitanos en una buena madre de familia, ó por lo menos evitar su perdición completa; pero no fué así. Don Fadrique, prendado de tanta hermosura y tanta gracia, mas que conmovido por la dolorosa expresión que en el rostro de la víctima se leía; don Fadrique, para quien, como he dicho antes, la religión era un vano fantasma y la moral una quimera; don Fadrique, por otra parte, convencido de que aquella mujer, atendida su crianza y posición, no habia menester seducciones, resolvió, apartándose por vez primera de su rectitud inflexible, salvarla de la justicia humana para hacerla todavía mas delincuente ante la divina.

Con asombro le oia al escribano dirigir el interrogatorio en pró de la acusada, y esta comprendiendo con su natural agudeza todo lo que habia de significativo en la blandura del severo magistrado, pareció entrar por completo en sus miras, y aprovechó con gran maestría el camino de salvación que tan inopinadamente le deparaba la suerte.

Pero no era Milagros una mujer vulgar; otra se hubiera apresurado á ceder á las manifiestas intenciones del alcalde, creyendo apresurar así el instante de su libertad; ella por el contrario, comprendió que aquel hombre, esclavo hasta entonces de las consideraciones á que su destino le obligaba, si una vez llegaba á entregarse al dominio de una pasión, todo, por satisfacerla, sería capaz de intentarlo, y que la resistencia era el único medio de inutilizar sus deseos.

De aquí una lucha en la cual la ventaja no podía menos de ser, como lo fué en efecto, de la jóven acusada; porque Vargas peleaba trabado por los vínculos que á la sociedad le ligaban, mientras que Milagros lo hacia libre de todo freno y consideración.

Durante el discurso del proceso, don Fadrique despues de haber mejorado desde luego la condición material de la acusada, mandándola poner en lo que llaman *cazuelas*, que es cierto departamento de la cárcel destinado á los presos de clase media y delictó menos grave, ya bajo uno, ya bajo otro pretexto tuvo diferentes entrevistas con ella, de las cuales salia unas veces seguro de la victoria, otras temeroso de no conseguir su fin, pero cada vez mas y mas alucinado, hasta que al llegar el momento de la vista de la causa, en la sala del crimen, estaba lo que se llama realmente enamorado y por la primera vez de su vida.

Decano de todos sus compañeros, ocupaba aquel dia la silla de la presidencia, y usando de las facultades que aquel puesto le concedia, dirigió todas las preguntas, que despues de oída la relación de los autos, se hicieron á los acusados, á un solo fin, el de probar la inocencia de Milagros. Ya el relator, que aspiraba á serlo del consejo real, y contaba para ello con la protección de don Fadrique, habia en su memorias ajustado hecho una pintura tan patética como el estilo lorense. La coarctación, de la desdichada jóven, *robada sin duda á padres de noble condición, y criada por aquellos miserables* (los Gilibauds) como la acostumbra con sus hijos, sin temor de Dios ni de

la justicia del rey; pero á mayor abundamiento, de entre los abogados de pobres, que de oficio defendieron á los demás presungidos reos; se levantó con asombro de todos los jueces, menos del presidente, el mejor, el mas elocuente juriconsulto de Sevilla: «Que no publicado ayer con indiferencia, dijo, confundida entre malhechores, mancillada con el toquez pontificio de la bendita tribu, á una criatura que es un metáfora, podía compararse á la perla del molador, habia desahogado sobre sí demostrar su inocencia á tan ilustrado tribunal».

«Y V. A. (prosiguió) se servirá sin duda reconocida, porque le abriga edad, la esclavitud forzosa de mi cliente, y su completa ignorancia hasta de aquellos principios de moral que son á los salvajes familiares, la absolven de toda culpa».

Digose V. A. fijar por un instante los ojos en esa infeliz, cuyos lágrimas riegan con abundancia el fúnebre banquillo; dígnese contemplarla, y vea si en tan bellas formas, si en tan candoroso aspecto retro halla vestigios del envilecimiento y degradación, con que á la mano del común enemigo solta la frente de sus esclavos.»

A este apóstrofo, los ojos de los jueces se fijaron en efecto en Milagros. ¿A quien, si fuera rubia, pudiéramos comparar á cualquiera de las mas bellas imágenes de la Magdalena penitente; tal estaba, en efecto, de hermosa y de digna.

El abogado, que pretendia entonces una tenencia de asistente en Sevilla, y á quien don Fadrique habia insistido simultáneamente que el conde de San Juan, su amigo íntimo, tenia mucha mano en gracia y justicia, y que la defensa de Milagros era digna de gran talento, entendió la trova, y echó, como suele decirse, el resto, en aquella ocasión, agurando todos los recursos de su elocuencia y ferrense habilidad.

No estaban empero vencidas todas las dificultades; porque los alcaldes compañeros de Vargas, avocados á las fórmulas oratorias por una parte, y por otra habituados á prescindir de apariencias, á considerar los hechos con abstracción de las personas, y sobre todo á no dar crédito nunca á lágrimas y suspiros, sino á lo que de los autos resultaba,

Secundum allegata et probata

los alcaldes, digo, cuando se trató del bulto, aunque á la verdad conpadecidos de Milagros, estaban resueltos á condenarla por lo menos á algunos años de reclusión.

Vargas lo habia previsto y tomado en consecuencia su plan.

Cinco eran, inclusa el mismo, los jueces llamados á fallar la causa; de estos uno inflexible; otro, buen hombre á todas luces, solía dormirse durante la vista, y fallaba constantemente con el que primero emitia su voto, fuese cual fuese; el tercero era grande amigo del protector de Milagros; el cuarto grandísimo pedante; y el quinto y mas moderno, un alcalde cortésano, hechura de la diada del ayuntamiento de cámara de cierto favorito.

Del voto de este, que por razón de ser, como he dicho, el mas moderno habia de darle el primero, dependia todo, porque el de *Reata* (así le llamaban sus mismos compañeros) era seguro que sería el mismo, y por consiguiente, de inclinarse á la parte del inflexible la sentencia, condenaba infaliblemente á la pobre Milagros.

Era el pedante elemento neutro en aquella combinación, y para hacersele propicio, tuvo muy buen cuidado el astuto de Vargas de decirle cuando despejada la sala, se quedaron solos los jueces para fallar:

«¿O es dice V., compañero, del alegato de N. (el abogado de Milagros)? Yo no conozco en España otro juriconsulto capaz de hacerlo tan bueno, como V. no sea.»

Este baño de incienso produjo su efecto, y la habilidad con que el presidente, al resumir el proceso y proponer la absolución de la *infeliz doncella*, supo darle á entender que allí el juicio mas importante era el suyo, acabó de resolver al buen pedante á absolver al mismo Barabás si necesario fuere.

Por lo que al primer votante respecta, quiso la suerte que tuviese entonces pleito pendiente ante aquella audiencia un su primo tercero ó cuarto; y Vargas, sin comprometerse á las alarás, le prometió su valimiento con algunos oidores de los que en revista habian de fallar.

Votó, pues, el mas moderno absolviendo á Milagros; vacilaba aun el pedante, cuando don Fadrique exclamó: «Vedais qué opinión la lumbrera de nuestra sala; pobre de la acusada si tan sabio magistrado la condena.» El delito está probado, exclamó enojado el inflexible; diga el señor y el mundo entero lo que guste. «*Amicus Plato*, respondió el pedante, *sed magis amicus veritas*: absuelvo.»

Respiró Vargas como si le quitaran de encima del pecho una montaña.

¿Qué ha votado N. (el primer votante)? preguntó hosteando el de *Reata*.

«La absolución,» respondió el presidente.

«Absuelvo,» dijo el preguntante.

«Seis años de galera,» dijo con voz firme el inflexible, fijando los ojos en Vargas que hubo de bajar los suyos; pero Milagros fué abuelta por cuatro votos contra uno.

Decía Amibal después de la batalla de Cannas: «Otra victoria como esta y soy perdido;» don Fadrique hubiera podido exclamar: «esta victoria minó mi reputación de íntegro magistrado.»

Y por entonces tampoco logró el fruto que esperaba de tan inmenso sacrificio.

El gravísimo riesgo de que maravillosamente acababa de salvarse, había abierto los ojos de Milagros, y desarrollado en ella el germen de un profundo egoísmo hasta entonces latente como el fuego en el pedernal. Decir que se resistiera por virtud sería falso; si luchó, lo hizo por cálculo, con ánimo de ceder; pero á su tiempo, es decir, cuando tales prendas hubiera dado el que imaginaba su seductor, que no fueran de temer los caprichos de su inconstancia.

La vida que aquella infeliz había llevado hasta entonces, explicará á VV. como en tan tiernos años cupieron tanta astucia, tan pertinaz perseverancia.

Apenas libre, pagadas que hubo don Fadrique por tercera mano las costas del proceso, el carcelage, las otras mil escandalosas soca-linas con que los subalternos de los tribunales arruinan al misero que en sus garras cae; apenas libre, digo, la bella Milagros, ¿adónde les parece á VV. que se encaminó? — A la casa de su protector, sin duda; y así fué, mas no á buscarle á él, no; á su esposa, sí, á la devota, á la severa camarista, y arrojándose á sus piés como pudiera á los del soberano pontífice, pidióla con sentidas voces y cristianas razones, que completase la obra de su piadoso marido, acopiéndola bajo el amparo de su arisolada virtud, si no quería que hallándose de nuevo sola en el mundo y espuesta á todo género de tentaciones, sucumbiera al cabo al rigor de sus desdichas.

Señores, era una niña de 17 á 18 años la que hablaba, bella como la rosa mas temprana de la primavera, y astuta cual la funesta serpiente del paraíso; la que la oía una mujer sinceramente devota, caritativa mas aun por caso de conciencia que por sensibilidad, ignorante de las pasiones, y de las arterias del mundo. ¿Qué había de suceder? Lo que sucedió: Milagros fué admitida entre las sirvientas de la esposa de Vargas, y esta creyó aquel día haber rescatado un alma de entre las garras mismas del enemigo.

Dejó á la consideración de VV. el asombro de nuestro alcalde,

viendo instalada en su propia casa y bajo salvaguardia de su muger, á la que había sabido inspirarle un frenético deseo que él confundía con el amor.

Mas de un año todavía duró la lucha, no sin que la ofendida esposa la advirtiese; pero creyendo inocente á Milagros, y deseando ponerla á cubierto de los impúdicos comatos de su marido, díjola cierto día que era forzoso retirarse por algunos meses á un convento de que era superiora cierta dama de su familia.

Colocada entre el claustro y la pasión de don Fadrique, que por otra parte llegó á creer sincera, escogió la cuitada lo que peor le estaba; y las consecuencias VV. las saben, al menos hasta el momento en que Vargas partió para Filipinas.

Aquí llegaba con su narracion don Antonio, cuando lo excesivamente avanzado de la hora le obligó á suspenderla.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

La interpretación del Evangelio.

Un fraile capuchino pasaba un puente, y fué insultado por un soldado medio borracho que se dejó llevar de su cólera, hasta el estrem de pegarle una bofetada. El religioso, fiel á los preceptos del Evangelio, presentó el otro carrillo, sobre el cual el bárbaro aplicó otra bofetada. El capuchino, que era un hombre vigoroso y de una estatura aventajada, cogió entonces al insolente por la cintura y con muy poco esfuerzo le arrojó al rio, diciendo tranquilamente: «El Evangelio nos previene que al recibir una bofetada presentemos la otra mejilla, pero no espresa lo que hay que hacer despues.»

SOLUCION DEL GERÓGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 17.

Calderon de la Barca descendió á la tumba coronado de gloria.



Misericordias irlandesas.